

JAGÜEY GRANDE. ABRIL DE 1961.

Lic. Mario Guillermo López Mesa¹

1. Sede Universitaria Municipal Jagüey Grande. Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Vía Blanca Km.3, Matanzas, Cuba.

Resumen.

La invasión de Bahía de Cochinos fue la más directa, costosa y potente estocada lanzada contra el poder revolucionario. Los milicianos y otros vecinos revolucionarios que se habían personado en el puesto militar que existía en Jagüey Grande, antiguo cuartel local de la Guardia Rural. El tema ha sido largamente tratado por protagonistas, escritores y periodistas; se han realizado disímiles reportajes, películas e incluso se han efectuado simposios y encuentros internacionales con la participación de contendientes de ambas partes. La Historia Local escrita, toca el tema muy brevemente. Hay hechos que no se recogen fielmente en los libros y reportajes y que tienen que ver con los milicianos de Jagüey Grande y sus poblados de Agramonte, Torriente, San José de Marcos y el propio Central Australia, sobre ellos versa este trabajo.

Palabras claves: Girón; batalla; milicias.

INTRODUCCIÓN:

Dwight David Eisenhower (1890-1969), fue un general y político estadounidense, cuya gran popularidad como comandante supremo de los ejércitos aliados durante la II Guerra Mundial le aseguró en la elección como presidente de Estados Unidos desde 1953 hasta 1961. Durante su gobierno, hay que destacar su fracaso al no frenar las tácticas de desprestigio del senador Joseph McCarthy contra personalidades de la vida cultural, política e incluso militar, que fueron acusados de Pro comunismo y su falta de apoyo al naciente movimiento de derechos civiles. Los crecientes roces entre Estados Unidos y la Revolución Cubana, llevaron al presidente Eisenhower a romper las relaciones diplomáticas con Cuba en enero de 1961. Sin embargo, ya con anterioridad había dado instrucciones y la CIA había estado adiestrando a exiliados cubanos contrarrevolucionarios con miras a una posible invasión a la isla. Este plan fue aprobado por el sucesor de Eisenhower, John F. Kennedy.

En marzo de 1960, por orden del presidente de Estados Unidos la Agencia Central de Inteligencia (CIA) comenzó a reclutar y entrenar una fuerza de compuesta en su casi totalidad por exiliados cubanos enemigos de la Revolución Cubana, con el fin de invadir el territorio de la República de Cuba. A partir de este propio mes se establecieron 13 campos de entrenamientos diseminados por Guatemala, Nicaragua, Estados Unidos y las bases militares de Estados Unidos en el canal de Panamá y en Puerto Rico.

Esta fuerza mercenaria contratada fue bautizada como Brigada de Asalto 2506 y tenía características similares a las brigadas anfibia de asalto del Ejército de EEUU. Estaba formada por unos 1500 hombres bien armados, provistos incluso de medios blindados y 30 aviones con al menos 150 efectivos en su fuerza aérea.

El territorio escogido para la invasión fue una estrecha franja de playa al sur de la provincia de Matanzas comprendida entre la Bahía de Cochinos (a menos de 30 KM de Jagüey Grande) y Playa Girón, con escasa población, pocas vías de acceso y con facilidades creadas para el aterrizaje de aviones y helicópteros de combate en aeropuertos que habían sido creados para trabajos de prospección y desarrollo agrícola en la zona comprendida

desde Girón hasta el Central Australia. Como además, en la determinada zona de desembarco anfibio y aerotransportado no existían unidades militares regulares terrestres o navales de mediano o gran porte, facilitaba la ocupación y aislamiento de un perímetro donde establecer una cabeza de playa que permitiera consolidar el desembarco, establecer un gobierno y extender las operaciones militares. El plan concebido y confeccionado por la Junta de Jefes de Estados Mayores de las fuerzas armadas de EEUU estaba bien concebido, definía misiones, objetivos y proyección política de la Brigada de Asalto, incluía además una operación “Preludio”, el 15 de abril, sobre tres aeropuertos cubanos con la marcada intención de destruir la exigua Fuerza Aérea Revolucionaria, desviar la atención del lugar de la dirección principal del ataque y amedrentar al pueblo. El objetivo principal consistía era aislar y fortificar, creando una frontera impenetrable en una fracción del territorio nacional cubano, crear un gobierno provisional que fuera reconocido por los Estados Unidos, crear y efectuar desde esta zona operaciones punitivas y de desgaste que aparentaran una guerra civil en el País y legalizara con una petición formal la intervención directa de los Estados Unidos sobre el territorio.

La invasión se produjo en las primeras horas del 17 de abril de 1961.

El tema ha sido largamente tratado por protagonistas, escritores y periodistas; se han realizado disímiles reportajes, películas e incluso se han efectuado simposios y encuentros internacionales con la participación de contendientes de ambas partes. No obstante a ello, en una ocasión le preguntaron a una maestra de Historia que habían hecho los milicianos en la localidad de Jagüey Grande en ese momento y no supo responder. La Historia Local escrita, toca el tema muy brevemente; los textos disímiles disponibles para estudiantes, maestros e investigadores dan una idea general de este municipio como retaguardia de la Batalla de Girón que se destacó por su hospitalidad y desprendimiento, en la creación de hospitales de campaña, centros de atención a refugiados, cocinas y lavanderías. Pero hay hechos que no se recogen fielmente en los libros y reportajes y que tienen que ver con los milicianos de Jagüey Grande y sus poblados de Agramonte, Torriente, San José de Marcos y el propio Central Australia.

Jagüey Grande, término municipal de la Provincia de Matanzas limita al sur con la Península y Ciénaga de Zapata, la carretera que une la hoy ciudad cabecera del Municipio con Playa Larga tiene casi exactamente 32 KM contados desde la salida de Jagüey Grande hasta la bifurcación de la misma en Playa Larga, que sigue al oeste al poblado de Buena Ventura y al este hasta Playa Girón, estaba recién construida en abril de 1961. Desde los primeros momentos esta carretera fue importante escenario de la acción bélica, en los que estuvieron presentes los patriotas de Jagüey Grande desde la madrugada del día 17 de abril.

Este trabajo fue compuesto a partir de testimonios de los participantes y no estuvo exento de dificultades porque el tiempo ha pasado, muchos han muerto, estos hombres, casi todos ejemplos de modestia, no escribieron con detalles los acontecimientos vertiginosos de aquellas casi 72 horas de epopeya a pesar de que conocemos algunos de ellos que tienen un nivel escolar e intelectual alto, e incluso, son buenos oradores, profesores y hombres de bien. Hoy, algunas cosas se pierden y confunden en las mentes, por esta razón, las entrevistas realizadas fueron revisadas y comparadas buscando el mayor grado de exactitud de aquellos días heroicos y luctuosos.

DESARROLLO:

En enero de 1959 se produce el triunfo de la Revolución cubana que con el liderazgo de Fidel Castro se pronunció de inmediato por la creación de nuevos programas sociales y en abre perspectivas para los sectores mas pobres y marginados.

El actual municipio de Jagüey Grande no tenía la estructura administrativa y territorial con que se conoce actualmente, para entonces lo que hoy constituye el municipio correspondía a tres Términos Municipales: Jagüey, Agramonte y Pedro Betancourt.

El 3 de enero, se había conformado por un grupo de ciudadanos y con la participación del coordinador del Movimiento 26 de Julio en la localidad, un Gobierno provisional que se ocupó de impedir desmanes, actos de venganzas personales y vandalismo, que actuando por iniciativa propia detuvieron intentos de destrucción del Patrimonio y actuaron contra las violaciones de los derechos ciudadanos. Este hecho, no recogido actualmente en la Historia Local, está corroborado por el acta manuscrita que se suscribió como constancia y responsabilidad personal de los participantes llegó como donación de uno de los presentes en dicha reunión al Museo Municipal de Jagüey Grande. Estos hombres, actuaron despojados de ansias de poder personal, por lo menos en su mayoría, ya que demostraron la mayoría de ellos, con su actuar consecuente posterior, que eran hombres dignos. En su ánimo influía la necesidad de dotar a la población de una corporación provisional que mantuviera el orden en un Municipio con una población de unas 6000 almas en la cual el Alcalde, de filiación política favorable al régimen derrocado, había cerrado la puerta del Ayuntamiento y se había retirado para hacer sus maletas, sin dejar encomendada la población a su cargo nada mas que a la voluntad de Dios, o de cualquier oportunista que encontrara posibilidad de sacar ventaja.

Esto propició, en el caso de Jagüey Grande, que el poder político el 1ro de enero de 1959 pasó a manos de los integrantes del Movimiento 26 de Julio sin resistencia, proceso que días después se consolidó con la llegada de los primeros oficiales y combatientes del triunfante Ejército Rebelde.

En un inicio, exactamente el 17 de enero de 1959, en Jagüey Grande se conformó un triunvirato de poder integrado por Rodolfo Carrasco Arévalo, el abogado Fidel González y Roberto Delgado, comerciante local, todos residentes en el municipio, con el rango de Comisionados Municipales del Gobierno Revolucionario, los dos últimos de manifiesta filiación burguesa con la cual no romperían. Meses después estos dos personajes estarían desde el poder en actividades de conspiración contra la Revolución y en realidad no ejercieron en la práctica como funcionarios del Gobierno Revolucionario.

Fidel González emigró a Miami, mientras Roberto Delgado fue reclutado por la CIA convirtiéndose en jefe de uno de los grupos contrarrevolucionarios más activos en Matanzas, el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), patrocinador de varias bandas de alzados que cometieron crímenes y sabotajes en todo el sur yumurino. Descubierto y apresado, Delgado fue fusilado por su alto grado de responsabilidad en las actividades vandálicas que ensombrecieron la comarca en aquella época.

El carácter heterogéneo de esa primera dirección provocó en un inicio dificultades al avance de las medidas revolucionarias, proceso que con el paso del tiempo se fue agudizando hasta que el triunvirato, en el cual González y Delgado nunca tuvieron protagonismo, desapareció, recayendo la responsabilidad única en Rodolfo Carrasco Arévalo, miembro del movimiento 26 de Julio que había regresado de una emigración propiciada por su familia ante el peligro que corría por sus actividades “subversivas”. Fue a partir de ahí que se adoptaron en Jagüey Grande profundos cambios y medidas para establecer un nuevo orden económico social.

Al inicio del proceso revolucionario, la posición de los diferentes sectores y clases sociales de la región ante las primeras medidas de carácter revolucionario fue la de aceptación. Sin embargo, según se fue radicalizando el proceso, muchas personas afectadas comenzaron a colaborar en contra de la Revolución. Ya desde 1959 en el territorio existían elementos contrarrevolucionarios que posteriormente se unieron a los bandidos; muchos de los propietarios privados de comercios y establecimientos fueron activos colaboradores de estas bandas, otros, se convirtieron en importantes propulsores de la Revolución triunfante, existen casos probados de que ante la radicalización del proceso, entregaron voluntariamente a los representantes del estado sus negocios como contrapartida de los reaccionarios, en un singular gesto de patriotismo y confianza, inspirados en el odio que profesaban a la dictadura recién derribada.

Una vez que se produjo el Triunfo de la Revolución el 1ro de enero de 1959, se pusieron en marcha profundas transformaciones económicas, políticas y sociales.

Con la revolución democrática, popular, agraria y antiimperialista, comienzan a darse transformaciones económicas encaminadas a:

- Romper la caduca estructura agraria del país.
- Eliminar la dominación imperialista que impedía el desarrollo agrícola mediante el latifundio azucarero.
- Expropiación de los medios de producción en las restantes ramas de la economía.
- Elevación del nivel de vida del pueblo.

Aplicación de la 1ra. y 2da. ley de Reforma Agraria. (Historia Local de Jagüey Grande).

La producción agrícola en el territorio de Jagüey Grande descansaba sobre pequeñas parcelas atendidas por campesinos, quienes dedicaban sus esfuerzos a la producción de caña, frutos menores y, en menor grado, a la ganadería. La producción cañera constituía el elemento fundamental en la agricultura, centralizada en un reducido grupo de familias que controlaban la mayor parte de las tierras.

En la zona de Agramonte la producción azucarera y cañera era monopolio de Manuel García Herrera y Mario de Armas, mientras que en la zona de Jagüey Grande un grupo de colonos integrados por Octavio García, los hermanos Gutiérrez (poseían 88 caballerías), Justino

Castillo y la familia Pérez Suárez, eran los que controlaban el mayor número de caballerías de caña que se cultivaban en el territorio.

El proceso de transformaciones agrarias en Cuba se había iniciado durante la guerra de liberación, al dictarse en la Sierra Maestra la Ley No. 3, que establecía el reparto de las zonas liberadas de las tierras del Estado y los servidores de la dictadura. La continuación de esta obra iniciada en el terreno agrario constituyó un objetivo de la Revolución. Así pues, el 17 de mayo de 1959, se dictó la Primera Ley de Reforma Agraria, que tuvo como escenario el lugar ocupado por la Comandancia del Ejército Rebelde en La Plata, Sierra Maestra.

En la localidad las tierras estaban más repartidas que en el resto de la provincia. Existían sólo 18 ó 20 fincas que tenían más de 30 caballerías de tierra, por tanto en esta primera ley fueron pocos los afectados.

El 26 de marzo de 1959, en la visita que hizo Fidel al Central Australia, los trabajadores azucareros donaron un cheque y una lista con los nombres de los donantes para los fondos de la Reforma Agraria.

El 12 de julio de 1960 se efectuó en el Parque "Eleuterio Paz" un acto cívico en apoyo a la Reforma Agraria y el 20 de mayo de ese mismo año se produjo la entrega de 180 títulos de propiedad de la tierra a los campesinos en Jagüey Grande. En enero de este mismo año se les entregaron tierras a los campesinos del Central Australia.

Los primeros días de agosto de 1960, se efectuaron diferentes mítines relámpagos en el término de Jagüey Grande, en apoyo a las intervenciones y nacionalizaciones. Se hizo un recorrido por las calles de la localidad hasta las oficinas de la Compañía Cubana de electricidad y de Teléfonos, donde se izó la bandera cubana; mientras que en el Central Australia se efectuaron actos en apoyo a las nacionalizaciones.

La Ley de Reforma Urbana promulgada y aplicada en todo el país el 14 de octubre de 1960, consistió en eliminar la propiedad privada sobre la vivienda y el uso especulativo de los locales que enriquecían a una minoría, implicaba además una rebaja de alquileres a precios asequibles.

Se procedió a la confiscación de todos los bienes inmuebles mediante los que se afectaba a las familias en el territorio. No se conservaron datos exactos de la cantidad de viviendas entre Jagüey Grande y Agramonte que pasaron a patrimonio del Estado, pero fueron casi todas las que estaban en uso por alquileres.

Entre los elementos contrarrevolucionarios se encontraba Pedro Sánchez González, alias "Perico" de 43 años, vecino de Mora No.145 en Jagüey Grande (hoy calle 11). Este hombre poseía alrededor de 12 caballerías de tierra, era ganadero y gozaba de influencias entre la población, en el orden personal era un guajiro atento y servicial. Tuvo sus primeras contradicciones con el gobierno municipal de la localidad en 1959, cuando cercó su finca con cantos para evitar que se inundaran sus terrenos; provocando que sucediera el desastre en las casas alledañas, lo que no aceptó el comisionado Rodolfo Carrasco.

Estas transformaciones económicas, sociales y políticas que se aplicaron a partir de 1959, provocaron la creciente hostilidad del imperialismo norteamericano. Desde el primer momento en que el Gobierno de los EEUU y la burguesía desalojada comprenden que la Revolución triunfante había significado la independencia de Cuba política económica, reaccionaron contra el proceso revolucionario y adoptaron medidas represivas. El apoyo a las bandas contrarrevolucionarias, el bloqueo económico y la agresión por Playa Girón fueron pruebas fehacientes de la actitud del imperialismo hacia Cuba.

La invasión de Bahía de Cochinos fue la más directa, costosa y potente estocada lanzada contra el poder revolucionario.

Desde el propio triunfo de la rebelión en 1959 se comenzaron a crear organizaciones que encauzaran el esfuerzo y la participación del pueblo en la sociedad nueva. Como fuerzas paralelas muy vinculadas al Ejército Rebelde y con instrucción militar primaria de este, se fundaron en todos los confines de territorio nacional las Milicias Nacionales Revolucionarias. Jagüey Grande no fue una excepción. Dadas las condiciones políticas que existían en el pueblo que caracterizaba a sus “fuerzas vivas predominantes” de propietarios de comercios y pequeñas haciendas con aspiraciones pequeño burguesas, definirse decididamente por la Revolución, hasta el punto de defenderla por la fuerza de las armas, representaba un verdadero riesgo en el que podía ir la vida. La posibilidad real de la muerte por ideas políticas era una expresión brutal de la lucha de clases. Estas discrepancias personales separaron de manera ofensiva amistades, compañeros de labor y miembros de familias carnales, en las cuales el marido o el novio era miliciano y el padre de la muchacha, el hermano, o ambos inclusive, eran desafectos al nuevo régimen, igual podía suceder entre hermanos, creando estados de infelicidad y sufrimiento dentro de las familias.

Un hijo de Perico Sánchez, por ejemplo, participó en la lucha contra bandidos en el Escambray como miliciano del Batallón 225, posteriormente fue abatido como alzado en las cercanías de Jagüey Grande con su hermano Pedro. Se llamó Raúl Sánchez Hernández y era conocido por Lalo, en la compilación de nombres que hicieran algunos miembros del Batallón de Milicias 225 está su nombre entre los fallecidos, tiene escrito al lado la palabra “traidor”. Al hermano Pedro o Pedrito como se le conocía, una granada de combate le explotó en una mano arrancándole el brazo de cuajo por la coyuntura del antebrazo. Los que los conocían dicen que el padre los obligó a incorporarse a su partida amenazándolos de muerte.

El cerco en que mueren los dos hermanos alzados, duró tres días y se produce a partir del contacto que establece Perico, obligado por la necesidad de abastecerse, con Ramón Fernández Rodríguez, alias “Mongo Joaquinillo”, supuesto colaborador, el 6 de abril de 1963; Joaquinillo era en realidad el agente “Mercurio” de la Seguridad del Estado Cubana. La banda se interna en la Ciénaga, mas bien en la costanera y el día 7 de abril ya estaba cercada en la zona de la finca Cantabria, zona también conocida por Peralta, muy cerca y al suroeste de Torriente en la rivera de la Ciénaga de Zapata. *“Cuando se lanzó el cerco, se hizo solo por la parte alta, dejando la zona pantanosa sin cubrirla, pensando que por allí nadie podía pasar, sin embargo Escalona, Proenza, Ordóñez y el autor de este trabajo, bordeamos toda la ciénaga y comprobamos que el límite cenagoso con el territorio alto no existía y que por allí bien podían escapar los bandidos, por lo que se ordenó inmediatamente cubrir el flanco a*

toda velocidad.” (Ballesteros, Humberto: Memorias del LCB en Matanzas. Inédito. Archivo del Museo Municipal de Jagüey Grande).

Allí muere también otro alzado: Israel Ulloa Delgado. De los combatientes que operaban tras la banda murieron tres también del Batallón 2605 de la PNR de La Habana. “...yo tenía una subametralladora checa Modelo 25, a mi lado iban en el cerco dos milicianos del Bon. de la LCB traían fusiles M-52 con la bayoneta calada para pinchar las yaguas, pencas o bultos que fueran sospechosos, ya en otras ocasiones se habían escapado utilizando estos escondites, uno de los milicianos pinchó unas pencas y apareció Lalo (Raúl Sánchez Hernández) que trató de virarse rápidamente para usar el M-2 que tenía al lado, no pudo hacerlo, yo tampoco tuve tiempo de tirar, el miliciano le disparó a quemarropa y lo mató en el acto.” (Testimonio de David Martínez Amador, 2009).

El agente Mercurio, o Joaquinillo, como se le conoce en Jagüey Grande, salvó la vida, *se guareció como pudo para, para ver si hacía contacto con el Ejército. La habilidad del agente para poder salir del área en el momento oportuno le valió salir ileso.*

Es conocido por la memoria histórica oral de los jagüeyenses, que el connotado jefe de banda Perico Sánchez, tenía registrada por lo menos en la mente, una lista de personas condenadas a muerte a los que calificaba de “comunistas” por ser simpatizantes de la Revolución en el poder, esto era perfectamente posible en un pueblo con una sola escuela, de 6000 habitantes donde todos se conocían. Este cabecilla, por su conocimiento práctico del terreno, su habilidad montuna como ganadero y el nivel de compromiso a que estaban sometidos muchos guajiros y ciudadanos por favores personales, se movía con facilidad, se abastecía en predios y con personas conocidas y hasta visitaba esporádicamente su casa en la calle Mora (hoy calle 13) de la que escapaba prestamente por las veredas, muy conocidas por él, de su propiedad colindante. En una ocasión fue ubicado en su casa, detenido por dos milicianos y que le dieron oportunidad de vestirse, ya que estaba en calzoncillos, salió corriendo y escapó por el patio sin que fuera posible alcanzarlo.

Durante las, maniobras realizadas contra los alzados se montaron múltiples operativos para capturarlos que resultaron infructuosos, Perico logró escapar de la provincia eludiendo el cerco que prácticamente dejó desarticulada su banda y solo fue muerto un mes después, el 10 de mayo de 1964, en un encuentro con fuerzas de la Seguridad en Güira de Melena donde se preparaba para salir del País.

Mientras los bisoños milicianos marchaban y realizaban maniobras de infantería en las noches después del horario laboral por las calles asfaltadas del pueblo de Jagüey Grande, los desafectos al nuevo régimen los observaban escépticos, temerosos o burlones desde los portales y las ventanas de las viviendas y comercios. No faltaba entre estos algunos observadores que ante el canto de la cadencia de marcha militar de los instructores que marcaban el paso: *uno, dos, tres, cuatro*; pensaban o murmuraban como rimando: “*comiendo mierda y rompiendo y zapatos. “Yo era Jefe de Escuadra, hay muchas cosas de las que no me acuerdo, pero puedes estar seguro que todo lo que te diga va a ser exclusivamente lo que pasó de verdad”* (Testimonio de Sergio Carrasco Arévalo).

Era la lucha de clases en su más despiadada expresión cuando es capaz de romper la célula básica de la sociedad humana y peor aún, enfrentar a sus componentes en facciones diferentes en lo que tal vez sea el peor invento de la raza humana: la guerra.

Las contradicciones que crea toda revolución toman en Jagüey Grande, hasta entonces un pueblo tranquilo donde no se habían producido manifestaciones graves de abusos por las autoridades, donde existía un nivel cultural alto para la época, (la escuela pública impartía hasta el octavo grado, existía prensa local desde el año 1900 y la sociedad estaba organizada de manera que solventaban necesidades espirituales elementales con logias, liceos, casinos y clubs, incluso dos, patrocinados por y para individuos “de color” ; existían características especiales que implicaban decisiones de vida o muerte.

No obstante se organizaron las milicias. Se organizó el batallón cuya nominación codificada o clasificada era “225” y se le designaba como Batallón de Combate, los batallones de milicias de Matanzas asumieron el número 2 como dígito inicial, cada en cada provincia comenzaba con un número distinto, una pequeña parte de los pobladores locales pertenecieron al denominado “219”, este tenía basamento en Colón y estaba en lo fundamental por hombres residentes en Manguito, Amarillas, Calimete y sus zonas aledañas como las granjas y cooperativas cercanas al Hanábana, el barrio Murga Sinú y la Juanita de Caraballo. Los dos batallones de milicianos recibieron preparación militar en campaña en la granja “La Conga” cerca del poblado de Limonar en Matanzas que se dedicaba a criar pollos, fueron armados con fusiles de recarga automática o semiautomáticos M-52 (Fusil M-52. De fabricación checa, calibre 7.62 Mm. y alcance efectivo de 400 m. cargador de 10 proyectiles y cadencia de fuego de 25 disparos por minuto) y algunos con pistolas ametralladoras modelo 25 (De fabricación checa, calibre 9 Mm. y alcance efectivo de 200 m. cargador de 35 proyectiles y cadencia de fuego de 70 a 100 disparos por minuto) que eran conocidas por “metralletas”; nunca recibieron prácticas de tiro por la escasez y alto costo de los proyectiles. Esto produjo, según algunos entrevistados, que un momento determinado decidieron disparar contra una jutía imprescindible para la precaria dieta de los milicianos y el fusil no percutiera a causa del “desconocimiento del mantenimiento del mismo y la grasa de conservación no permitiera el martilleo de la aguja para la ejecución del disparo”. (Testimonio de Leovigildo Feliciano Troya Díaz).

“En Agramonte llegaron la gente de “Chiva Muerta” el 1ro de enero de 1959, ocuparon el pueblo y por supuesto el cuartel que existía en la calle real. En la zona de El Escorial capturaron a Pepe Caliente, un sicario batistiano que tenía familia en esa zona y se había escondido. La milicia se creó inmediatamente de forma espontánea, yo realizaba funciones de control de los alistados en Agramonte, una especie de Jefe de Personal. En 1961 trabajaba en el ayuntamiento donde mi función era cobrar impuestos a los propietarios. Por la milicia tenía vínculos con la División de Unión de Reyes para el control del personal”.

(Testimonio de Antonio Salas Hernández).

Los hombres del Batallón 225 participaron en la lucha llevada a cabo contra las bandas de alzados que operaban en el macizo montañoso de la sierra del Escambray. Estas tropas estaban relativamente fogueadas en el sentido de que conocían y estaban adaptadas a las condiciones de campaña, según testimonios pasaron un hambre terrible puesto que

inauguraron con las milicias, en la preparación de tropas, lo que actualmente en lenguaje militar se denomina supervivencia. Partieron al Escambray sin logística en víveres y con 100 balas por hombre, era obligatorio justificar el gasto de proyectiles, se alimentaron precaria y ocasionalmente, generalmente de palmito, boniatos o raíces y alguna que otra vez de una jutía u otro animal comestible que lograran atrapar; algunos se “rajaron” y abandonaron la unidad en la ocasión que se propició. Las misiones que cumplieron fueron emboscadas en lugares probables donde tenía que pasar el enemigo o sitios ventajosos para la adquisición de agua o víveres en pequeños grupos, en sitios que por lo abrupto del paisaje los encuentros de combate solían ser casi cuerpo a cuerpo. Todos se conocían y los que están vivos mantienen lazos amistosos, recordatorios y de respeto.

Regresaron a casa el 12 de abril de 1961 sin desmovilizarse para lo que era un descanso, fueron desarmados y cosa curiosa, las armas se guardaron en el Central Cuba, casi a la misma distancia que hay de Jagüey Grande a Playa Larga. Increíblemente, este Batallón de Milicias que se denominaba en la época como “Batallón de Combate” no se le ordenó movilización ni acuartelamiento hasta la madrugada del día 17 de abril cuando ya la invasión era un hecho consumado; este hecho resulta incomprensible cuando desde el 15 de abril Fidel Castro había dado la orden de movilización general públicamente que fue ratificada el 16 en el entierro de las víctimas de los bombardeos cuando dijo:

“Marchemos hasta nuestros respectivos batallones y allí esperen órdenes, compañeros...” (Castro, Fidel. Discurso en el entierro de las víctimas de bombardeos el 16 de abril de 1961).

“El 13 nos llevan para el central Cuba y allí nos explicaron que debíamos entregar las armas para que fueran guardadas. Muchos protestamos porque Fidel había dicho que las armas las debía tener el pueblo en la mano, nos dieron una explicación y al final todo el mundo cedió.” (Testimonio de Juan Reinaldo Plasencia Díaz)

En el Batallón 225, habían 237, milicianos de Jagüey Grande, Agramonte, San José de Marcos y Torriente según las listas confeccionadas por los miembros del Batallón que fueron compiladas y facilitadas al Museo Histórico Municipal de Jagüey Grande por el miliciano y Combatiente Internacionalista Leovigildo Feliciano Troya Díaz.

Al mismo tiempo que las Milicias, se entrenaban o mas bien recibían clases de infantería de parada los miembros de la Asociación de Jóvenes Rebeldes en las calles mas céntricas del pueblo con vistosos uniformes recién adquiridos que les daba el aspecto de cadetes.

Otro grupo de milicianos y combatientes del Ejército Rebelde (unos 30 elementos), continuó realizando guardias y rutinas militares en Jagüey Grande, cumpliendo misiones también como Defensa Civil. Estos portaban igualmente armas de fabricación checa, fusiles semiautomáticos M-52, también conocidos como R-2 que se usaban para las guardias de cuartel y recorrido. Muchos de ellos poseían armas cortas personales adquiridas individualmente por compra, trofeo o herencia que consistían en revólveres y pistolas automáticas de diferentes calibres y marcas. La tenencia de armas individuales por los individuos que pudieran adquirirlas era una costumbre casi tradicional en Jagüey Grande desde la fundación de la República el 20 de mayo de 1902.

El 16 de abril en su alocución al pueblo de Cuba, Fidel expresaba que se había dado la orden de movilización a todas las unidades de combate del Ejército Rebelde y de las Milicias Nacionales Revolucionarias ante la inminencia de un ataque proveniente del extranjero con tropas organizadas y preparadas por la CIA norteamericana y con conocimiento directo del Gobierno de EEUU, todo esto ha sido demostrado y analizado en diferentes ocasiones.

En las primeras horas del 17 de abril de 1961, se produjo el desembarco de estas tropas invasoras por Bahía de Cochinos compuesta en su casi totalidad de cubanos exiliados de diferentes categorías sociales y morales. En estas huestes resultaban conmitones personajes de la alta burguesía criolla, expropietarios cuyas empresas habían sido nacionalizadas, antiguos chulos, criados de antiguos ricos, exmilitares y policías del régimen de Fulgencio Batista; políticos y politiqueros, maleantes y antiguos torturadores y criminales de guerra con causas pendientes ante la justicia cubana, con diferentes niveles de instrucción y compromiso político.

La noticia del desembarco mercenario por las costas cubanas corrió como pólvora en todo Jagüey Grande y Australia a partir de la 1 PM aproximadamente en que se recibe una llamada en la Jefatura de la Policía. Una escuadra del BON 339 de Cienfuegos, que montaba guardia en Playa Larga había hecho frente a los mercenarios en el mismo borde de la costa con cinco subametralladoras checas y una ametralladora ligera V-Z, sobre las 2:30 de la mañana iniciaron la retirada ante la poderosa maquinaria de guerra que venía del mar, pero dieron la alarma. El resto del Batallón que se encontraba en “Los Alpes”, cerca del central Australia recibió el aviso y el batallón marchó hacia Playa Larga. La noticia se expandió hacia las localidades de Agramonte y Torriente.

“El 16 de abril por la noche me dirigí a Jagüey donde me entrevisté con Antero Fernández, había ido a buscar armas que sabíamos que llegaron. Antero nos enseñó las cajas y nos explicó que todavía estaban con grasa de conservación. Después de las 7 de la mañana del 17 José Ramón Fernández pasa por Agramonte, nos muestra un mapa de carreteras de la Esso y consulta sobre las rutas para la Ciénaga. Yo recibo órdenes de incorporarme a las tropas de la Escuela de Milicias de Matanzas en Australia del capitán Esteban Alberto Fernández Baró, conocido por Valedor y me incorporé con ellos sobre las 9 de la mañana.”
(Testimonio de Antonio Salas Hernández)

A las tres de la madrugada en el pueblo de Jagüey Grande era un constante traficar de hombres y mujeres tocando a las puertas de las casas, avisando de la invasión mercenaria.

Inexplicablemente el grueso del Batallón 225 que había llegado pocos días antes, el día 12 de abril, del Escambray tenía su armamento guardado y asegurado en el Central Cuba, en el Municipio de Pedro Betancourt, a los combatientes les dijeron que se había tomado esa medida porque en Jagüey Grande no había un lugar seguro donde depositarlas, la decisión resulta extraña, dada la situación ya que la agresión se esperaba, el 15 de abril habían sido bombardeadas las bases aéreas y el propio Fidel Castro había señalado este hecho como el preludio de una invasión.

Esta falta de previsión ante la situación operativa provocó que el Batallón tuviera que ir a buscar las armas al lugar lo cual atrasó su llegada al frente, donde ya se combatía, aunque el movimiento fue increíblemente rápido a pesar de la mala organización, debido a la voluntad personal de los componentes de la tropa, al llegar al Central Australia ya amanecía y perdieron la oscuridad de la noche para desplazarse sin ser percibidos por los aviones enemigos, ante el acoso de la aviación tuvieron que detenerse varias veces en la carretera desde Australia hasta La Boca de la Laguna del Tesoro. De no existir este atraso podían haber influido con más protagonismo en el desarrollo de las operaciones y sin lugar a dudas, hubiesen puesto mas muertos. El Jefe del Batallón, llamado Salvador Escardó, cosa curiosa, decidió quedarse en Jagüey Grande en vez de entrar a la Ciénaga con las tropas a su cargo. En la lista del Batallón anteriormente citada, confeccionada por los miembros del Batallón, su nombre tiene escrito al lado “Abandonó la Batalla”. Al sugerirle a uno de los milicianos del Batallón “225” que tal vez se había ubicado el puesto de mando del mismo en Jagüey Grande respondió airado: “*Si Fidel entró, quienes eran ellos para no hacerlo...*”(Testimonio de Leovigildo Feliciano Troya Díaz).

El teniente Antero Fernández, Jefe del Cuartel Ejército Rebelde de Jagüey Grande recibe una orden de su mando desde Jovellanos donde estaba la Comandancia, de explorar directamente en el lugar del desembarco, informarse y dar parte de la situación operativa real de manera urgente. El jefe de esta Comandancia era el Comandante Orlando Rodríguez Puerta que había relevado en el mando al también comandante Pedro García Peláez. (Testimonio de Ángel J. Urra González).

En horas de la tarde del propio día 17, Ángel José Urra, soldado del Ejército Rebelde, recibió la orden de acompañar a un corresponsal, del cual no recuerda el nombre lamentablemente, en calidad de custodio, llevarlo al teatro de operaciones y reportarse inmediatamente en su unidad; en Pálpite contacta con milicianos del Batallón 123 compuesto de milicianos de Guanabacoa y se encuentra además con los capitanes Melquíades González y José Milián Pino, conocidos suyos y hoy Generales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y decide quedarse con ellos. Salen rumbo a Soplillar y llegan a la costa por esa ruta. En la playa “La Gallina” Samuel Rodiles Planas, ante la cantidad de muertos y heridos solicita un chofer para evacuar a los heridos, Urra se brinda y conduce hasta Jagüey Grande 5 hombres muy mal heridos, regresa a la zona y el 20 de abril aborda el buque Houston al que se traslada en una embarcación pesquera desde El Caletón, recuerda que estaban presentes los comandantes Félix Duque Guelmes y Antonio Enrique Lussón. En el Houston ocupan documentos y trofeos. Cuando regresa a su Unidad el día 23 fue detenido por desobediencia de la orden de regresar el día 17, estuvo en el calabozo casi 24 horas de donde salió por gestiones de los capitanes Melquíades y Milián.” .

Los milicianos y otros vecinos revolucionarios que se habían personado en el puesto militar que existía en Jagüey Grande, antiguo cuartel local de la Guardia Rural en la antigua calle Martí entre Agramonte y Gonzalo de Quesada, hoy calle 17 entre 60 y 62, allí se reunieron 32 hombres *que* plantearon su disposición de acompañarlos (a Antero Fernández y a Rodolfo Carrasco el Comisionado) hacia lo que ya era zona de guerra, Antero tomó una decisión oportuna: la de partir al frente de combate con dos camiones con todos los soldados y milicianos disponibles en el lugar, además partió un vehículo (jeep o zapa) perteneciente al Grupo Hidráulico Provincial que estaba a cargo del desaparecido

combatiente Mario Domínguez y una camioneta del Parque Nacional Ciénaga de Zapata. El grupo fue armado con fusiles que estaban disponibles en el cuartel embalados en cajas y con grasa de conservación, cada cual lo limpió como pudo, les fueron entregados 90 proyectiles a cada hombre.

Algunos de este grupo no eran milicianos, sino simplemente simpatizantes y patriotas, incluso se incorporaron muchachos que no eran milicianos por ser menores de edad como es el caso de Julio Rolando Domínguez, este era el Presidente Local de la Asociación de Jóvenes Rebeldes, hijo del ya mencionado Mario Domínguez, posteriormente se incorpora también su hermano Mario Raúl.

Antero decide, además, enviar un pequeño grupo de hombres armados para proteger la pista de aterrizaje recién construida cerca del Central Australia destinada a avionetas y helicópteros, entorpecer el posible aterrizaje enemigo con la colocación de obstáculos y cuidar del combustible que allí existía entre los que estaban Emilio Hernández Troya, que puso a disposición de la situación su vehículo particular; Enrique Rendón, Eduardo Amorín Guerra, Filomeno Gómez y Machín, un negro ya mayor de edad que manejaba un transporte rural que viajaba a los Barrios rurales de “Perla” y “López”.

Después de entrada la mañana un oficial de la Escuela de Milicias les transmitió la orden de que retiraran los obstáculos y les entregó un equipo de radio ruso con una antena muy larga que al final no tuvo ninguna utilidad. A estos hombres *no se les consideró merecedores de la medalla acreditativa como Combatientes de Girón por la Comisión que evaluó la entrega.*

Al salir los transportes hacia la Ciénaga Manuel Alayón Ramos, maestro de profesión, le plantea al Comisionado municipal del Gobierno Revolucionario, que también se incorporó al grupo, Rodolfo Carrasco Arévalo, que debían llevar algún personal y material de curaciones y deciden parar en el dispensario médico que existía en la época, ubicado en la carretera de Jagüey a Australia, plantean el problema y es donde se brinda y se incorpora para acompañarlos Iluminado Rodríguez Rodríguez, que portaba un bolso con materiales de primeros auxilios y su revolver personal que actualmente es propiedad del Museo Memorial “La Comandancia” por donación desinteresada de la familia de Iluminado. En el hospitalito se produjo un incidente; Iluminado, que era Jefe Técnico de Saneamiento se encontraba enfermo y ya estaba dispuesto que fuera con el grupo a la Ciénaga otro compañero llamado Rolando Ojeda, Iluminado se impuso y sustituyó a Ojeda reclamando el puesto con fuerza.

Pasaron el poblado de Pálpite donde toparon con fuerzas del batallón 339 de Cienfuegos que estaban de operaciones en la zona y habían acampado en Los Alpes y que al conocer del desembarco marcharon hacia la costa donde tenían hombres destacados de guardia que habían recibido a tiros y gritos de combate al enemigo y dado la alarma. Hacen contacto con el enemigo que tenía un emplazamiento con ametralladoras en la entrada de Playa Larga desde Jagüey Grande. Los invasores avistan a los milicianos, los ametrallan por tierra y por aire, pero influye en su ánimo el hecho de que recibían una respuesta hostil a

sus intenciones de guerra rápida. Habían encontrado movilización para la resistencia y rechazo de la invasión.

En este punto, conocido en la época por “Los Pavos”, hoy le llaman “Los Mangos” entre Pálpite y Playa Larga quedó creado un frente de combate que cerraba la carretera, al sur, las fuerzas de la Brigada 2506 que desembarcó en Playa Larga, al norte los milicianos, soldados y civiles de Jagüey Grande y un grupo de los cienfuegueros del Bon. 339; entre todos no llegaban a cuarenta hombres.

El Batallón 339 de Cienfuegos, muy conocido por ser los primeros que dieron la alarma desde Playa Larga y por el demostrado valor que desplegaron, había sido cortado por la acción enemiga quedando un grupo que se retira en dirección oeste por Buena Ventura hacia Santo Tomás y otro por la vía de Pálpite que a la vez se subdivide ante los ataques aéreos y algunos elementos quedan en la defensa de Pálpite y otros se mueven hacia Soplillar o se emboscan para protegerse. Fue tal el impacto que recibió el Batallón 339 en la carretera Pálpite-Playa Larga, que al dispersarse el propio Jefe del mismo se retira por la carretera y al llegar a Australia está convencido erróneamente de que le mataron a casi todos sus hombres y que el resto fue capturado por el enemigo.

A este lugar llega Abraham Maciques, entonces Jefe del Parque Nacional Ciénaga de Zapata, Organismo diseñado y habilitado para producir la transformación económica social en la Ciénaga de Zapata, procedente del Central Australia donde residía, con la orden de Fidel Castro de que había que proteger Pálpite para que no fuera tomado por los mercenarios, ya que resultaba estratégicamente importante para asegurar el avance de las tropas y medios hacia la costa para rechazar la agresión, esto está dado porque en Pálpite desde la costa, termina lo que puede denominarse tierra firme y desde ahí hasta Jagüey Grande la cinta de la carretera se desliza por unos 20 kilómetros de pantano en lo que por su sistema de construcción puede llamarse el primer pedraplén construido en el período inicial de la Revolución Cubana.

En Pálpite, Maciques designa a un pequeño grupo a que se desplace y proteja el camino de Soplillar, posible entrada al batey desde la costa por donde podían desplazarse vehículos de transporte y blindados, en medio de esta maniobra se produce un ataque aéreo y tuvieron que protegerse en el monte.

Sobre el lugar defendido, Pálpite, que era un caserío atravesado por la carretera compuesto por casas de techumbres de guano de palma, con una recién estrenada “tienda del pueblo” (tiendas estatales que se crearon en las zonas campesinas que disponían de pocos abastecimientos), se realizaron por los aviones, tres pases de vuelo a baja altura ametrallando y bombardeando como acciones previas al desembarco aéreo, volaron casas y prácticamente desapareció un quiosco de venta de mercancías varias que existía al lado de la línea de ferrocarril que existía en esa época, esta línea había sido construida desde 1916 por los entonces dueños del central Australia que llegaba desde norte hasta la costa y pasaba por el borde oeste del caserío, el propietario del quiosco, llamado Cotilo Morejón, no era precisamente un simpatizante de la Revolución” .

En uno de estos pases, un avión que barría exactamente la línea negra de la carretera con las ametralladoras calibre 50, alcanzó por la espalda, atravesándole el pecho, al sanitario del grupo, que había exigido entrar con este primer y mal organizado contingente, Iluminado Rodríguez y Rodríguez. Fue muerto instantáneamente debido a la potencia del arma y el tamaño del proyectil. Había nacido en 1923 en una familia campesina en el barrio Gallardo en Jagüey Grande, dejaba viuda a su esposa, Isolina Chávez, una ejemplar pedagoga jagüeyense y dos hijos pequeños, hembra y varón de diez y seis años, que posteriormente se convirtieron en destacados profesionales que completan una ilustre familia de la localidad. Entrada la mañana, el cadáver de Iluminado fue enviado a Jagüey Grande en un camión escoltado por el miliciano Mario López Martín. La dramática escena de la viuda entrando a la funeraria del pueblo fue filmada por un reportero y sin lugar a dudas resulta impresionante.

Los milicianos regresan hasta el poblado y lo ocupan en despliegue defensivo utilizando como protección los hornos y sacos de carbón, así como los bolos de madera para estas faenas productivas. Desde aquí observan que contra las inmediaciones del poblado viniendo desde el sur se produce un desembarco aéreo, los testimonios aseguran coincidentemente que en Pálpite, exactamente en la sabana conocida por "Sicotes", en el extremo norte del poblado, se lanzaron 24 efectivos y una caja grande en paracaídas. Según las propias declaraciones de los invasores capturados, un pelotón de paracaidistas constaba de 24 elementos y portaba como armamento una ametralladora calibre 30; una bazuca; un mortero de 60 Mm; un cañón de 57 Mm sin retroceso; tres fusiles automáticos Browning; dos subametralladoras M-3 y 15 fusiles Garand M-1, algunos de estos dotados de aditamentos visuales para francotiradores. Cada paracaidista llevaba 270 proyectiles. La caja que acompañaba el desembarco garantizaba 2500 tiros para la calibre 30; 12 granadas de mortero; 6 proyectiles de bazuca y 8 para el cañón de 57 Mm. Si este pelotón actúa con decisión sobre la defensa de Pálpite que solo estaba constituida por unos treinta fusiles M-52, de los que algunos no funcionaban, seguramente la hubiera aniquilado.

Los combatientes comienzan a dispararles a los paracaidistas aún estando en el aire y les ocasionan algunas bajas, la respuesta combativa armada que se produce después que un B-26 había dado tres pases con fuego de ametralladoras y lanzando cohetes, uno de ellos el que voló el quiosco en un impacto estremecedor; pero los invasores son recibidos a tiros y esto impide que el enemigo avance y tome el poblado. El impacto psicológico de la respuesta armada para la cual no estaban preparados los invasores produjo esa superioridad que da en la guerra el factor convicción y se quedaron escondidos.

Aunque la situación es todavía insegura en Pálpite donde el personal civil había sido evacuado, los milicianos que defienden el lugar están mal armados, sin comunicación y prácticamente sin mando y con un grupo de desembarco aéreo agazapado en su retaguardia que son un peligro potencial si se deciden a combatir. No obstante, el grupo de Jagüey Grande, mantiene sus posiciones y el enemigo se mantiene a raya. Después de las diez de la mañana entra la fuerza de la Escuela de Milicias, que al decir del General José Ramón Fernández era el mejor batallón de combate con que se contaba en estos momentos. Pálpite es asegurado y al recibir la noticia Fidel le comunica a Fernández que ya se ha ganado la guerra.

En realidad Pálpite nunca fue tomado aunque al replegarse los combatientes hacia el norte donde se lanzaron los paracaidistas, un tramo de carretera entre Pálpite y Playa Larga era tierra de nadie. Si los invasores logran crear una línea defensiva por la ruta Pálpite-Soplillar hasta la carretera que conecta con Girón, con el armamento y logística de que disponían en la misma costanera pantanosa de la Ciénaga, quedaba una sola vía de acceso para el movimiento de tropas entre el Central Australia y la Ciénaga y hubiera sido mucho mas costosa y demorada la victoria.

Sucedieron hechos imprevistos debido a la poca preparación y la inexperiencia, al comenzar a disparar por lo menos un fusil no disparaba, el que lo portaba se enteró mas tarde que no tenía aguja en el percutor porque se lo dijo un combatiente con mas experiencia. De igual forma, se conoce algunos de los milicianos, que eran reconocidos buenos tiradores por ser cazadores de yaguasas y venados en estos mismos escenarios, aseguran haber hecho blanco por lo menos en una ocasión.

Antero Fernández y Rodolfo Carrasco ocuparon en Pálpite un ómnibus del Parque Nacional Ciénaga de Zapata, este ómnibus correspondía a una línea normal de pasajeros que se había habilitado entre Girón y Jagüey y era manejado por Maximiliano Herrera, conocido por Caballón *“sucedio que él manejaba la guagua que iba de Girón a Jagüey y mientras avanzaba por la carretera la bombardearon. Pero logró escapar, cogió monte adentro y se salvó del ataque. Menos mal”* (Céspedes, Norge: Las niñas de Celia. Entrevista a Eustaquia Herrera, hermana de Caballón. Periódico Girón. 25 de junio del 2009). Arrancan el ómnibus y se dirigen en dirección al Central Australia para cumplir la orden de informar el primero, Rodolfo, decide ocupar su puesto de Comisionado al frente de la población, detienen el ómnibus varias veces al ser sobrevolados por aviones que no se podían identificar su procedencia pues ya sabían que el enemigo usaba las insignias de la Fuerza Aérea cubana, al llegar al kilómetro No. 12 de la carretera contado desde Jagüey Grande, lugar que era conocido por “el manglar” divisan dos paracaidistas a unos treinta o cuarenta metros de distancia que levantan la mano dando el alto, estos habían aterrizado allí y se protegían con la vegetación a la vez que se agrupaban. Al divisar a los paracaidistas con sus trajes de camuflaje Rodolfo que conducía el vehículo lo detiene. Antero dice ¡cúbreme! y baja por la puerta delantera y comienza a disparar desde la parte trasera del ómnibus tratando de cubrirse con el mismo, mientras Rodolfo dispara por la ventanilla diseñada para la entrada de aire en el frente de la carrocería; sostienen un intercambio desigual de proyectiles en el que reciben la mayor y peor parte, cuando los atacantes logran corregir la puntería sobre el vehículo, muy cerca de Rodolfo vuela la palanca de cambios de velocidad, perfora el sistema de frenos de aire originando un ruido peculiar y arranca el brazo de un asiento, el miliciano, en una situación casi sin salida, decide dirigirse a la parte posterior del vehículo buscando salir por la puerta de emergencia para lo cual se desplaza arrastrándose por el pasillo. Quita el pestillo que cierra la puerta y decide abrir, disparar hacia donde cree que está el enemigo y salir como la mejor alternativa, se mueve hacia donde estaba Antero y logra llegar, pero lo encuentra muerto por un disparo que lo alcanzó en la cabeza atravesándosela. Rodolfo era un hombre de 35 años, alto y delgado, se repuso del golpe psicológico que le provocó la imagen del compañero muerto y ensangrentado y saltó de la carretera a la cuneta, buscando la protección visual en la vegetación de la orilla, logra su objetivo y comienza a retroceder hacia el sur donde había quedado el resto del

grupo, los paracaidistas se internaron. Los invasores se replegaron y el cadáver de Antero fue recogido por una camioneta que iba hacia Jagüey Grande”.

Antero Fernández Vargas era de procedencia campesina, natural del barrio Isabel María en Pinar del Río y los 24 años se trasladó a la antigua provincia de Oriente a trabajar como minero, al ser descubiertas sus actividades conspirativas y acciones revolucionarias se incorpora al Ejército Rebelde, donde alcanza los grados de Primer Teniente, destacado como Jefe del Puesto o Tenencia, como se le decía en la época por estar a cargo de un Teniente, de Jagüey Grande. Fue uno de los primeros en caer en combate ante la agresión de Bahía de Cochinos.

Este contingente de invasores que tratan de detener el ómnibus de Antero al parecer tenía originalmente el mismo destino que los de Pálpite, pero por un error de navegación fueron lanzados más al norte. Por lo que narra el investigador Juan Carlos Rodríguez en el acucioso trabajo “GIRÓN LA BATALLA INEVITABLE”, se conoce que el invasor Galo Astor García formaba parte de un grupo de 27 hombres que por error cayeron fuera del lugar previsto en un punto cercano al Central Australia, abandonaron casi todas las armas cuando uno fue herido y las dejaron en un cayo de monte preparadas para que se activaran explosivos si estas eran tomadas. Fueron capturados y declararon inmediatamente lo sucedido. Por las declaraciones y el lugar de captura, se puede inferir que pertenecían al mismo grupo que chocó con Antero y del encuentro se produjo la muerte de este.

El batallón de milicias 225 era tal vez uno de los peores en condiciones de organización y mando, según hemos visto anteriormente en los procedimientos con que se llevaron a efecto su movilización: No fueron movilizados previamente desde el día 15 de abril encontrándose en sus casas el día 17. Su armamento regular era de fusiles M-52, metralletas checas y 3 ametralladoras ligeras V-Z, no tenían entrenamiento intensivo de tiro -en realidad no habían realizado prácticas de tiro-, no contaban con ametralladoras, ni artillería terrestre o antiaérea de ningún tipo y se presenta sin jefe al territorio de guerra; cuando fueron movilizados en la madrugada algunos de ellos no fueron avisados por lo que se presentaron directa y voluntariamente en el Puesto del Ejército Rebelde, como es el caso de Manuel Alayón Ramos y al final llegaron al frente antes que la unidad a que pertenecían.

No obstante, apenas amanecía cuando pasaban de regreso del Central Cuba por el Australia donde todavía no se había montado la Comandancia. Ante el aviso se agenciaron transportes, camiones en Jagüey, Torriente y Agramonte, automóviles particulares y de alquiler aún sin tener dinero para pagar el viaje. En Jagüey Grande, los que llegaron tarde al parque se fueron directamente al cuartel donde se armaron a 32 entre milicianos y civiles.

Atanasio Suárez Rodríguez, alias Chacho, de Jagüey Grande, estaba durmiendo en Torriente donde tenía una mujer la noche del 16 de abril de 1961, se enteró de la noticia *sobre las 2 de la mañana*, se puso el uniforme de milicias y consiguió tomar un automóvil de alquiler hacia Pedro Betancourt, en la carretera Torriente – Betancourt, se encontró con un camión que ya venía de regreso cargado de milicianos y se transfirió hacia el mismo. Juan A. Cárdenas Alfonso, alias Pucho, no llegó a tiempo al parque Eleuterio Paz de Jagüey Grande para alcanzar los transportes que partieron para el central Cuba y tomó un auto de alquiler, al rendir el viaje el propietario le comunicó que el valor del pasaje eran \$2.50,

Pucho, no tenía dinero, *“le dije sencillamente que no le pagaría y le recordé que estábamos en guerra”*. (Testimonio de Juan A. Cárdenas Alfonso)

Juan Reinaldo Plasencia Díaz, alias Pupy, tenía 14 años, se había incorporado al Batallón por insistencia personal y mediante una carta de autorización firmada por sus padres que le había sido exigida por Carlos Albear Arias, soldado del Ejército Rebelde que se ocupaba en la zona de la organización de las milicias en el central Australia, el padre de Pupy, Diosdado, era miliciano. Vivían en el central Australia.

“...me desperté de madrugada porque a mi casa fue a avisar de la invasión Francisco Beruvides, “Paco”, vecino del ingenio, nos vestimos de milicianos y fuimos para la puerta del central donde se concentraba la gente, allí nos montamos en los camiones particulares de Emilio Fernández y los Novo que nos llevaron al Cuba. Recuerdo que al regresar en una parada que hicimos en el Peaje, por los aviones, alguien preguntó la hora: eran las 8 y 45 de la mañana.” (Testimonio de Juan Reinaldo Plasencia Díaz)

“Me ubicaron, cuando llegué a Australia, con un grupo de gente de Agramonte que entraron con el 225, yo iba desarmado pero un compañero al que llamaban Yiyo se dio un golpe en un pie, lo mandaron al hospital y me entregaron su fusil, nos ubicaron en la zona de Los Mangos, cerca de Pálpite sobre la 11 de la mañana, los ataques de la aviación fueron terribles, nos escondimos donde podíamos, hubo un momento en que traté de meterme en una de las alcantarillas o tubos que traspasan la carretera y no pude, estaba lleno.”(Testimonio de Antonio Salas Hernández)

Así, con los medios disponibles, de los 237 milicianos emplantillados, se presentaron y se movieron hacia el frente de lucha, muchos de ellos por sus medios propios 230. Los jefes de compañía Conrado Chateloín Medina y Orlando Ramírez Hernández asumieron el mando de sus hombres y suplieron con arrojo la indecisión y tibieza de la jefatura del batallón que estaba ausente de la línea de fuego.

A partir de aquí avanzaron hasta Pálpite parando los camiones y desmontándose en varias ocasiones por el hostigamiento de los aviones enemigos que avanzaban “cepillando” la línea de la carretera hasta el propio central que bombardearon posteriormente en una misión especial a estos efectos que felizmente fue frustrada al ser derribado el avión por la artillería antiaérea que ya estaba emplazada.

La Misión asignada al Batallón 225 es la de proteger la carretera desde Pálpite hasta Australia impidiendo que esta fuera utilizada por el enemigo “...estábamos muy cerca de la Boca, el avión pasó ametrallando y tuvimos que meternos en el agua para escondernos, *“Abo López empezó a tirarle al avión con el M-52 y yo le dije: no tires coño, que si nos ven nos joden”*(Testimonio de Juan A. Cárdenas Alfonso). Esta misión fue cumplida, la carretera nunca fue ocupada, no fue abandonada por los milicianos en ningún tramo a pesar del constante asalto aéreo; los invasores no se atrevieron a avanzar por ella y los invasores que fueron avistados fueron combatidos o apresados.

Esta misma misión la compartían con los milicianos del Batallón 219, formado con personal de Calimete, Amarillas y zonas aledañas hoy pertenecientes o fronterizas con Jagüey Grande, con base en Colón. Cuando este Batallón entraba a la Ciénaga la mañana

del 17 de abril de 1961, en el kilómetro No. 8 de la carretera, zona de “Los Alpes” se acerca un B-26 a baja altura, los milicianos se ocultan, pero cuando observan las insignias del avión, salen a saludarlo, el saludo es respondido con interminables ráfagas de ametralladora calibre 50; los milicianos responden al ataque con sus fusiles M-52 en un rabioso pero infructuoso intento de abatirlo. El Batallón tuvo tres bajas en el encuentro, uno de ellos era el joven Roberto Senarega del Sol. Había nacido en Jagüey Grande, en la finca La Juanita de una humilde familia campesina, el 14 de mayo de 1934, había colaborado con el Movimiento 26 de Julio y fue fundador de la Milicias, participó en la “limpia del Escambray” y era tractorista en la Granja “Rubén Martínez Villena” en la zona de Hanábana. Con él cayeron en este lugar Jesús Falcón García y Andrés Olano Álvarez obreros agrícolas de la cooperativa “Enrique Noda”.

Eugenio Herminio Baró Baró, natural de Agramonte donde nació en 1931, había participado en la “Lucha Contra Bandidos” en el Escambray con el Batallón 225 y trabajaba en el Central René Fraga Moreno como auxiliar de laboratorio. Entró con su Batallón 225 el día 17 y permaneció en la Ciénaga hasta el día 20. Al parecer tenía los nervios destrozados por el bombardeo enemigo, todos los hombres no reaccionan igual y tomó una decisión extraordinaria que lo dignifica. No se presentó como un cobarde para que lo sacaran del frente, *“se quitó la vida dentro del monte por su propia mano sin que sus compañeros pudieran impedirlo”*. (Testimonio de Juan A. Cárdenas Alfonso).

El grupo de milicianos y civiles que entraron con Antero Fernández en la madrugada del día 17 de abril, después de haberse presentado voluntariamente, no tenía jefe directo y se pone al mando de los oficiales que entran con la Escuela de Milicias de Matanzas y reciben la misma orden de proteger la carretera y no participan directamente en la toma de Playa Larga que fue sin dudas, desde el punto de vista táctico y psicológico el viraje de la batalla, los invasores pasan a la defensa. Estuvieron en el frente hasta el día 20 de abril en el que los mandan a evacuar. Algunos realizaron maniobras muy poco convencionales en cuanto a disciplina militar; Manuel Alayón cuenta que él y Orlando Rodríguez después de tomada Playa Larga tomaron una camioneta que venía de Jagüey, la abordaron y decidieron por su cuenta visitar Soplillar entrando por la carretera, cuando avanzaron de la costa internándose hacia el poblado fueron tiroteados brevemente, pararon, se lanzaron al suelo y sostuvieron un pequeño encuentro en el que no vieron a nadie pero fueron agredidos desde el bosque por invasores que se escondían de ellos después de la sorpresa; el fusil de Alayón no disparaba sin que se conocieran las causas, después se enteró que no tenía percutor; cuando lograron *“que el asustado chofer se incorporara”*, (Testimonio de Manuel Alayón Ramos) se retiraron por donde llegaron sin novedades. En el momento de la entrevista, al recordar, Alayón se contorsionaba de risa, el 19 de abril de 1961, cuando le tiraban con Garand M-1, fusiles automáticos Browning o subametralladoras M-3, no debe haberse reído tanto.

En este grupo nadie titubeó, nadie se acobardó.

Las casas de los milicianos de Jagüey Grande quedaron a cargo de las mujeres casi todas, donde no había hijos o hermanos mayores. En estas casas se oía desde la madrugada del día 17 el tronar de los cañones, el ulular de los cohetes, el tableteo de las ametralladoras pesadas y el ruido atemorizante de los aviones de combate. Desde la tarde del 17 comenzaron a pasar por el pueblo los carros de combate, cañones autopropulsados y

camiones arrastrando piezas de artillería que estremecían las paredes con sus vibraciones desconocidas, en el hasta ese abril impresionante, bucólico escenario, donde no se había visto nunca un obús de 122 Mm o un mortero de 120, las calles principales quedaban marcadas por las esteras de los blindados y los tanques que solo se conocían anteriormente por filmes de guerra; las luces se mantenían apagadas en las noches para evitar se blanco de la aviación y las madres construían con mesas, colchones y con lo que podían, precarios refugios donde proteger a los pequeños y a los más viejos de posibles bombardeos.

No obstante el estupor y la angustia, las tropas defensoras que pasaban por el pueblo eran vitoreadas por la población que se reunía al paso de los vehículos dando aliento a los combatientes que se incorporaban al frente de batalla.

Los heridos y los muertos llegaban sin cesar desde el frente en diferentes tipos de automóviles y eran perseguidos por los lugareños que buscaban cerciorarse de que no fueran familiares o amigos que estaban en el frente desde los primeros momentos. Era la guerra que llegaba a estos lugares después de más de 60 años, cuando los mambises enfrentaban a españoles y voluntarios.

Tanto los enfermeros, técnicos y personal médico de los dos centros asistenciales de Jagüey Grande se habían reportado a sus respectivos lugares de trabajo con la disposición de aportar sus conocimientos. Cuando logra llegar a Jagüey Grande el entonces capitán José Ramón Fernández a colocar la comandancia, la situación es positiva, el pueblo está organizado y prácticamente todos están colaborando, se toman las medidas necesarias en la disposición de víveres, medicamentos y otros recursos, el estado de ánimo es combativo y las mujeres, los civiles, los viejos y hasta los niños vitorean y arengan con consignas el cruce de tropas y pertrechos

La dirección de la policía conjuntamente con las milicias, tomaron las medidas de situar de inmediato postas en los lugares vitales que incluían las entradas de la población; las Patrullas Juveniles y la Asociación de Jóvenes Rebeldes se dieron a la tarea de buscar vehículos que sirvieran como ambulancia. Se neutralizaron y detuvieron a todos los elementos notoriamente desafectos a la Revolución emergente y se ordenó a los dueños de bodegas y tiendas que permanecieran en sus centros con el fin de solucionar cualquier problema de abastecimientos.

Tanto hombres como mujeres se congregaron en el hospitalito construido en el Gobierno de Batista y en la clínica privada del Doctor José de Vera, médico local simpatizante y militante del proceso revolucionario la población se preparaba para donar la sangre necesaria; para convocar al pueblo a realizar donaciones se habilitó un carro con altoparlantes que llamaba y organizaba a viva voz las acciones a estos efectos y solicitaba sábanas, frazadas y fundas para los heridos. El gobierno local ya había dispuesto que todas las farmacias tuvieran que aportar medicinas para los hospitales y la gente hacía cola para donar sangre en los puntos indicados. Las iglesias cristianas se habilitaron como albergues a los civiles refugiados de forma voluntaria.

Según aumentaba la cantidad de heridos que llegaban del frente, se fueron abriendo más locales para atenderlos. El 18 de abril al mediodía, Jagüey Grande contaba con ocho centros

asistenciales con una capacidad calculada para albergar 600 personas. Además de los dos centros mencionados se habilitaron como hospitales de emergencia el antiguo Casino Español, el Liceo, la iglesia católica, el local del Sindicato Azucarero, la casa de vivienda de Australia y la casa donde vivía Abrahán Maciques, Director del Parque Nacional Ciénaga de Zapata, también en Australia. Ante el aumento de la cantidad de cadáveres que llegaban del frente, tanto de combatientes revolucionarios y víctimas, como del enemigo, que también fueron recogidos y llegaron a juntarse en determinados horarios de los días 17 y 18 de abril por 6 o 7 decenas, se designaron hombres que se ocuparan de darle sepultura a la vez que custodiaban el cementerio.

No se abandonó ni se vejó a ningún herido invasor, no se profanó un cadáver. Los combatientes, las mujeres y el pueblo en general que mostraron un increíble valor ante la situación creada, que arengaban a los combatientes que iban al frente con gritos de ¡Patria o muerte! y ¡Duro con ellos!, al mismo tiempo dieron una lección de dignidad, de disciplina, de ética martiana con el tratamiento que le dieron a los heridos y prisioneros adversarios.

Es algo digno de admirarse, sabiendo que la aviación enemiga había actuado despiadadamente contra la población civil sin respetar transportes y ambulancias como fue el caso de la familia de Dulce María Martín Angulo y de Cira María García Rodríguez; el camión en que viajaban era visiblemente civil, igual que el que viajaba la familia de Nemesia Rodríguez Montalvo, estaban ocupados por civiles perfectamente observables, porque la mayoría eran mujeres y niños con ropas civiles y fueron ametrallados, los que quedaron vivos, heridos, golpeados, quemados y fueron capturados, no recibieron la mas elemental atención médica.

Los vecinos también se dieron a la tarea de cocinar para los combatientes del frente, surgiendo así las cocinas populares. Se destacaron en esta actividad mujeres del pueblo que también organizaron lavanderías y dieron su aporte en esta lucha lavando y donando sábanas y otros géneros para los heridos. Desde el poblado de Agramonte llegaron recursos y hasta comida cocinada para el frente. De hecho, varios de los combatientes entrevistados y que protegían la carretera, coinciden en declarar que la primera comida que comieron en la noche del día 17 “...venía de Agramonte” (Testimonio de Atanasio Suárez).

El hecho de situarse La Comandancia de las FAR en el Central Australia y por su situación geográfica en los combates, dotó al territorio de un sitio histórico vinculado de manera especial a esa epopeya, hoy es Monumento Nacional.

Desde el punto de vista militar hoy es discutible la ubicación de la Comandancia, esta se creó a la carrera por ser tal vez el centro directivo y administrativo del punto donde radicaba la jefatura del Plan Nacional Ciénaga de Zapata y el lugar mas factible para instalar comunicación telefónica directa que de hecho ya existía con La Habana, (la comunicación telefónica con las tropas fue prácticamente nula, los mensajes se enviaban con soldados o milicianos); sin camuflaje de ningún tipo y con una precaria protección antiaérea; era el principal edificio del central que se detectaba fácilmente desde el aire y ubicado en un área cercana al alambique que en ese tiempo destilaba alcohol y aunque se tomó la precaución de vaciarlo, una explosión con los gases espirituosos que mantenía su depósito e instalaciones hubiese sido una catástrofe. El central fue sobrevolado en varias

ocasiones y bombardeado en una ocasión con cohetes por un B-26 que fue derribado por la acción decidida y oportuna de los jóvenes artilleros destacados en las inmediaciones del lugar con ametralladoras 14,5 Mm. de cuatro cañones que disparaban al unísono, conocidas comúnmente en la época como “Cuatro bocas”. Los restos de ese avión se exhiben como pieza de museo en el Museo Memorial “La Comandancia”. Por el lugar en que lanzó su carga explosiva es evidente que el objetivo de la expedición aérea era la destilería del central. De haberlo logrado, el desastre podía haber sido considerable.

En un principio, el día 17, que empezaron a recibirse muertos y heridos, la gente se preguntaba: ¿estaremos ganando o perdiendo? Probablemente nadie sepa nunca a ciencia cierta si Fidel Castro se desmontó de su transporte para tomar café en un bar de Jagüey Grande el día 17 de abril de 1961 porque lo necesitaba, o si lo que quería era que la gente del pueblo lo viera presentándose en la zona de guerra. Conociendo a Fidel, es probable que lo haya hecho porque vio el café desde el vehículo en que viajaba y decidió que tenía tiempo, en esa época era muy aficionado al tabaco. Pero lo cierto es que el impacto psicológico que tuvo esto en la población fue tremendo, enseguida se corrió la noticia: ¡Ahora si se jodieron los mercenarios, Fidel está aquí!, ¡Ahora si se acabó esto, llegó Fidel! La presencia de Fidel impregnó a todos de la certeza que la victoria estaba asegurada. Cuando llegó a Australia, el Secretario General del Sindicato Azucarero Dámaso Rodríguez estaba entre los que lo recibieron. “... me le acerqué y le pregunté: Comandante ¿como está la cosa? Y el me dice “No te preocupes viejo. Esto lo terminamos ahorita”. (Rodríguez Dámaso, autobiografía. Inédito. Archivo Museo de Jagüey Grande).

La presencia del Comandante en Jefe en la Dirección de las primeras acciones contra el invasor, así como la de otros altos Jefes Revolucionarios como José Ramón Fernández, Augusto Martínez Sánchez, Efigenio Almeijeiras y otros, hizo de este lugar un punto clave en la victoria de Playa Girón y fue con el resto de las acciones mencionadas un medio impulsor de los sentimientos patrióticos, en particular en los jóvenes.

Además, el aporte del territorio a este destacado momento histórico de Cuba se aprecia en los muchos combatientes que pelearon contra el enemigo y en los mártires de esta zona que están en la memoria histórica de la Patria provocaban sentimientos luctuosos y enardecedores que comprometían y motivaban a los seres humanos testigos de los acontecimientos.

Ningún miliciano, soldado, campesino ni habitante de Jagüey Grande, incluyendo a Agramonte, Torriente y San José de Marcos se pasó al enemigo, ninguno se rindió y los que fueron capturados se portaron con dignidad ante los invasores sin aceptar propuestas que pudieran resultar ignominiosas o indignas.

Al terminar la batalla el recibimiento de los combatientes fue la apoteosis por el júbilo, que superaba el llanto por los caídos. El recibimiento de los invasores fue impresionante, algunos ómnibus en que los sacaban, lógicamente bajo vigilancia y esposados, pararon en el pueblo; los invasores capturados no hablaban, la mayoría bajaban la cabeza y trataban de no mirar al público que rodeaba los ómnibus, no hubo un solo intento de venganza personal, nadie arrojó nada, no se pronunció una palabra obscena; pero de pronto, sin que nadie lo indicara, los congregados, curiosos por ver a aquellos que nos agredieron, que

causaron la destrucción de lo que se construía, que convirtieron a mujeres y niños en viudas y huérfanos, corearon con voz firme:

¡Paredón!, ¡Paredón!

CONCLUSIONES.

Los milicianos y otros vecinos revolucionarios que se habían personado en el puesto militar que existía en Jagüey Grande (32 hombres), antiguo cuartel local de la Guardia Rural en la antigua calle Martí entre Agramonte y Gonzalo de Quesada, hoy calle 17 entre 60 y 62, partieron al frente de combate con dos camiones con todos los soldados y milicianos disponibles en el lugar, toparon con los hombres del Batallón 339 de Cienfuegos e hicieron frente a los invasores con los medios que disponían. Algunos de este grupo no eran milicianos, sino simplemente simpatizantes y patriotas, incluso se incorporaron muchachos que no eran milicianos por ser menores de edad.

El batallón de milicias 225 era tal vez uno de los peores en condiciones de organización y mando, según hemos visto anteriormente en los procedimientos con que se llevaron a efecto su movilización. No obstante, apenas amanecía cuando pasaban de regreso del Central Cuba por el central Australia cuando todavía no se había montado la Comandancia de las tropas cubanas. Ante el aviso se agenciaron transportes en Jagüey, Torriente y Agramonte, automóviles particulares y de alquiler aún sin tener dinero para pagar el viaje. En Jagüey Grande, los que llegaron tarde al parque y no pudieron abordar estos vehículos, se fueron directamente, en su mayoría, al cuartel del Ejército Rebelde, donde se armaron a 32 entre soldados, milicianos y civiles.

Jagüey Grande no fue sólo la retaguardia segura de las tropas cubanas que rechazaron la Invasión. Fue una trinchera de la cual partieron sus hijos a defender la Patria y la sangre derramada lo demuestra. Todos ellos serán recordados con honor en la posteridad.

Bibliografía:

Alonso, Dora: Avanzando con el pueblo en armas. Revista Bohemia. La Habana. 23 de abril de 1961.

Báez, Luís. El pueblo derrota la invasión. Revista Bohemia. La Habana. 23 de abril de 1961.

Ballesteros, Humberto: Memorias del LCB en Matanzas. Inédito. Archivo del Museo Municipal de Jagüey Grande.

Céspedes, Norge: Las niñas de Celia. Entrevista a Eustaquia Herrera. Periódico Girón. 25 de junio del 2009.

Chávez, Clara E.; Medina, Dulce y Almohalla, Saúl: Girón Biografía de la Victoria Editora Política. La Habana 1986.

Colectivo de Autores: Folleto Plegable Girón XXX Aniversario. Empresa Occidental de Geodesia y Cartografía y el Centro de Estudios de Historia Militar del MINFAR. La Habana. 1991.

De la Osa, Enrique: Agresión. Escrito con Sangre. Revista Bohemia. La Habana. 23 de abril de 1961.

De la Osa, Enrique: Naciones Unidas. Derrota imperialista. Revista Bohemia. La Habana. 23 de abril de 1961.

Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: Manual Básico del MILICIANO DE TROPAS TERRITORIALES. Editorial Orbe. 1981.

Otero, Lisandro; Desnoes, Edmundo y Fonet, Ambrosio: PLAYA GIRÓN: DERROTA DEL IMPERIALISMO. Burgay y Cía. La Habana. 1961.

Renova, Salvador: Desde adentro. Testimonio inédito. Archivo Museo Municipal de Jagüey Grande.

Rodríguez, Dámaso: HISTORIA DE MI VIDA A LOS 82 AÑOS. Autobiografía. Inédito. Archivo Museo de Jagüey Grande

Rodríguez, Juan C. GIRON LA BATALLA INEVITABLE. EDITORIAL Capitán San Luis. La Habana. 2005.

